

severidad del profeta. Jerusalem está como rodeada de testigos que echan en cara á Israel sus prevaricaciones, y dan testimonio de la obstinacion de un pueblo que en cada lugar de la tierra de promision dejó estampados los vestigios de su ingratitude y de su dureza. Isaías aserrado por un rey cuyo padre fué sanado por mediacion de este profeta, Jeremías arrojado en la cisterna, Zacarías cubierto de piedras, no eran mas que un antecedente de la mas horrenda de las injusticias que cometi6 despues en la muerte del Redentor.

Desde aquí me dirigí á Siloé, cuya fuente es memorable en el Viejo y en el Nuevo Testamento; su situacion queda al pié del monte Sion; y las prolijas investigaciones de diversos viajeros, muy conocidos por su ciencia, han probado que sus aguas son intermitentes (1).

El Natatorio ó gran fuente donde muere la vertiente se hizo célebre en el Evangelio por el ciego de nacimiento á quien ungió el Señor los ojos con lodo, y mandó luego que fuese á lavarse á la piscina de Siloé; « fué, se lavó, y volvió con vista. » En memoria de este prodigio, el Natatorio fué decorado por los cristianos con obras de mármol cuyos restos se ven aun. De allí volví á entrar en el valle de Josafat, y me detuve para contemplar un rato el sepulcro de Zacarías, que no se sabe positivamente á cuál de los sacerdotes y profetas que llevaron este nombre pertenece, y el de Santiago el Menor, que es una bóveda formada en la piedra del cerro. Un monumento muy notable sigue á continuacion de este, y lleva el nombre de Absalon; fabricado de piedra y rodeado de pilastras, remata en un cónico elegante. Se ignora si este monumento encerró alguna vez el cuerpo de aquel príncipe, ó si en su origen fué la columna de mármol que él mismo se hizo levantar para engrandecer su nombre y perpetuar su memoria. Se ve tambien otro monumento sin nombre abierto en la peña en forma de aposento; está casi destruido, y su frontispicio

(1) *Palestine*, tom. II. (Robinson.)

es solamente el que hace distinguirlo: avanzando un poco mas y dejando á la espalda el valle de Josafat, llegué á la misma puerta por donde habia salido.

Volney sufría cuando, segun nos dice, « no daba un paso en Palestina sin que le refriesen los milagros de un santo, la muerte de un profeta, ó le señalasen la tumba de un mártir. » Nada extraño parece esto cuando se considera que la historia de los Israelitas cuenta casi cuatro mil años, que Dios los eligió para que fuesen su pueblo, que depositó en su seno los secretos de la revelacion, cuyo conocimiento no se hizo extensivo á las otras naciones de la tierra, y en fin, que desde Moises hasta Jesucristo conservó Dios en la Palestina una serie jamas interrumpida de profetas y de justos, que fueron como antorchas vivas encendidas para señalar al pueblo su camino, ó como los libros abiertos para que aprendiese en ellos sus obligaciones. Cada suceso de ese pueblo es un misterio, y cada uno de sus pasos envuelve un secreto que no viene á ser explicado sino dos mil años despues, cuando el Mesías prometido declara que pasaron las profecías y las figuras que acababan de cumplirse en su persona. Toda esa sucesion de hombres y de prodigios que forman la historia de la Religion desde el principio del mundo hasta la vuelta del Salvador al cielo, allí se ha realizado, agrupándose, por decirlo así, en rededor de Jerusalem y á la sombra de las colinas y de los valles de la tierra de promision; ¿qué mucho es pues que toda esta aparezca vestida y encubierta con esos velos misteriosos que detienen el pensamiento del hombre y mortifican su natural curiosidad? Jamas Dios parece tan grande ni el hombre tan pequeño como cuando desde la cumbre del Thabor ó desde las alturas del Olivete la imaginacion se remonta hasta ver la majestad del Verbo Divino penetrar el aire entre resplandores eternos, pisando las alas del viento; y entrar en el cielo sirviéndole de tapete los tronos mas encumbrados de la gloria. Muy mal podria la Palestina ser la cuna de la Religion y el país de misterios durante veinte si-

glos, si no estuviese salpicada por los recuerdos de esos mismos hechos que, como libros perpetuos, los han de transmitir hasta las generaciones mas remotas.

Jerusalen, rodeada de muros que no datan mas que desde la época de Soliman, hijo de Selin, que los levantó el año de 1534, tiene siete puertas cuyos nombres leemos en el ilustre autor del *Itinerario de Jerusalem*.



EL RIO JORDAN



5th. Army. r. Shanon. 67